

—Y sin embargo—repuso el padre Samolto—podría suceder que se confundiera el culto, tal como ellos lo practican, con ritos paganos muy condenables; así es, que nosotros no queremos dejarlos solos con los fieles, de miedo de que puedan falsear los dogmas de nuestra santa religión interpretándolos á la china.

Durante este tiempo, los abates Ou y Chou parecían entregarse á una conversación muy animada. Gesticulaban, movían las narices y volvían sus ojillos de forma de almendra hasta los rincones de las sienas, como los camaleones, y á veces se echaban á reír al mirarse. Entonces sus bocas se rasgaban hasta las orejas, y, por último, parecía que se hacían grandes reverencias.

—Improvisan versos sobre el campo con piés forzados—me dijo el padre Samolto.—Dicen que el cielo es una gran turquesa, que el sol es de oro y la luna de marfil; que las florecillas son muy lindas y huelen bien; que la más perfecta armonía reina y reinará, durante más de diez mil veces diez mil años, entre el cielo y la tierra, y que todo va bien en este mundo, porque la gloria de *Yeh-Sou*, Nuestro Señor (aquí el buen padre se santigua devota-

mente), es proclamada sobre la tierra en los templos de piedra y en lo más alto de los cielos, en los espacios de zafir. Esto y otras cosas semejantes, y luego se dirigen felicitaciones mutuas.

La vía enlosada continúa siempre á través de la campiña gris y desnuda, y al trote largo nos aproximamos á una especie de oasis de árboles verdes, todavía salpicados de escarcha: es *Ouan-chor-chan* ó la colina de las *Diez mil longevidades*.

Hémos aquí delante de un agujero lleno de escombros: la fosa donde el emperador *H'ien Yong* fué entretenimiento de los tigres de Tartaria. Nos cruzamos con algunos aldeanos de ambos sexos, que van montados sobre asnos. Después, al final, detrás de un pliegue del terreno, vemos brillar sobre el suelo una gran sábana con reflejos de suave tinta color de carne: es el estanque de agua helada del palacio de verano, unida al del palacio de Pekin, por un ancho canal donde navegaban en otro tiempo los *juncos* de la corte. Hemos entrado en el oasis.

Espesuras de arbustos verdes; abedules de troncos blancos y lucientes, de ramas finas y colgantes, que hacen llover sobre nuestras cabezas un rocío frío y cristales de escarcha; pinos que parecen

gesticular como aquellos dioses hindus de brazos múltiples; viejas encinas rotas, hendidas, reventadas y cubiertas de musgo; plantas parásitas; esqueletos de enredaderas, enlazándose con los árboles añosos y las ruinas.

Costeamos muy de cerca el estanque, cuyo hielo está húmedo por el deshielo del medio día; se escapa de allí un vapor luminoso, una especie de resplandor suave, y los macizos de nenúfares y otras hierbas acuáticas, aprisionadas y como petrificadas por el hielo, forman sobre aquél espejo plano un extraño jardín.

Sobre la otra orilla, bordeada de terrazas y de balaustres de mármol, se muestra una larga y movediza línea de siluetas de árboles, interrumpida de cuando en cuando por alamedas de abetos, cuyas perspectivas teatrales se pierden á lo lejos.

Se ven algunos islotes coronados de grupos de cedros, árboles sombríos, cuyas ramas horizontales forman *zig-zags* negros, á través de los cuales se destacan rientes miradores y graciosas torres de porcelana.

Es un dulce y poético sueño de invierno en la Corot; una especie de Eden septentrional, vago y velado; delicada y encantadora aparición de una naturaleza imaginada, no natural; un espejismo

que parece se ha de desvanecer al acercarse....

Dando paso á un islote artificial de forma regular hay un gran puente de diecisiete arcos, hecho, así como sus sólidos basamentos, de mármol blanco, ya dorado por la acción secular de los soles de estío. Uno de sus gigantescos arcos de círculo nos abre su lomo encorvado, entre dos grandes leones, de fiero ademán. Nuestros pilluelos se ponen á saltar y á dar vueltas con desordenados movimientos de cabeza.

—*Ta, ta, ta, ta*—grita el *Má fou* enloqueciéndose como un diablo amarillo, agitando el látigo y la brida y moviendo los talones; el antojadizo animal que monta toma sobre el puente de mármol un no muy vivo galope de caza, y la turba mogola sigue á su jefe hácia un bello arco de triunfo de granito, cuyos arquivitres vuelven sus extremidades arqueadas hacia el cielo con cierta gracia china. Esta arcada se abre en un pabellón color de rosa, flanqueado de muros del mismo color; es la entrada del *Ouan-chou-chan* ó colina de las Diez mil longevidades.—Hemos llegado.

Aquí tenemos que apearnos y sacar de la carreta nuestras provisiones, y al padre Yang, y seguir caminando á pié á través de un gran patio, en el que

se ven por el suelo trozos de cascotes de barro, troncos de árboles carbonizados y restos de techumbres. Estamos en una necrópolis del palacio.

Delante de nosotros se abre una alameda de abetos sombríos y gigantescos, con perfumes balsámicos, y cuyas grandes ramas colgantes caen pesadamente, agobiadas bajo el peso de la escárcha.

Al fin llegamos al pié del *Ouan-chou-chan*, propiamente dicho: es una colina que nos ofrece su flanco vertical, formado por dos altos terraplenes cubiertos de rosas.

Se sube allí por dobles rampas, que dibujan dos escudos superpuestos con una empalizada intermedia.

—Trepemos, trepe usted, *pater* Yang! ¡Valor, abate Mouchette!—*Macte ánimo, pater* ¡Ou, *Pater* Chou, Tchoung-koüe-tzé, Chang-Tien-thang! (¡Padre Chou, hijos del imperio del centro, subid al cielo!)..... ¡Maldita rampa esta!

Los escalones desaparecen hundidos, bajo montones de escombros. Avalanchas formadas con los restos de los palacios, han pasado por aquí arrastrando los materiales de lo alto de la colina.

¡Qué desastre! ¡Parece un cementerio de azulejos, mármoles y porcelanas! Imagínese usted, dándole proporciones gigantescas, la rampa de Monte

Carlo, sobre la cual se hubieran sembrado desde lo alto de la terraza obras de Sevres y Vallauris, añadiendo el museo Campana, la galería de los Antiguos y la acrópolis de Atenas en amontonados pedacitos. ¡La artillería francesa es la que ha hecho todo esto!—dice el padre Mouchette, ahogándose por la fatiga y en tono de satisfecho orgullo.

Se ven leones de mármol, con las patas rotas, la boca hundida, que parecen morder rabiosamente los cascotes en las últimas crispaturas de la muerte, revueltos con toscos elefantes que han perdido su trompa en la batalla, y llevan sobre el lomo las ruinas de torres de nueve pisos, con fénix que no tienen más que un ala, con quimeras estropeadas y dragones sentados en el suelo.

Seguimos siempre trepando entre los restos preciosos, entre los montones de escombros que ruedan bajo nuestros piés. El *Príncipe varón*, sostenido por el carretero y el *Mâ-fou* gime débilmente. El *pater* Ou y el *pater* Chou, van jadeando con resignación: ¡pobres abates!.....

Por fin llegamos á la parte alta, encima de la terraza superior. Pasamos bajo un segundo arco de triunfo, con tres arcadas de alabastro, ornado de

bajo relieves; vemos elevarse ante nosotros una gran pagoda de dos pisos, pesadamente construida sobre basamentos de mármol. Está cubierta de azulejos amarillos, que forman sobre sus paredes un gran tablero de damas, cuyos cuadrados adornan fénix, con las alas desplegadas, y adornos de estilo barroco erizan á la China su tejado curvo.

Detrás, al extremo de los jardines abandonados y silenciosos, hay un encantador y pequeño kiosko de bronce, colocado sobre piés de mármol, que sale de una multitud de rocas artificiales, en medio de un laberinto de acebos, zarzas y enredaderas. En él es, mi querido Loti, si usted lo permite, donde su amigo Plumkett va á hacer un almuerzo de gastrónomo eclesiástico, entre las ruinas de esta Ninive del extremo Oriente, en la extraña compañía de cinco pastores católico apostólico romanos, de los cuales uno es *Príncipe varón, generador universal*. Este dije chino, que ha burlado la devastación venida de Occidente, dirige hácia el cielo azul pálido sus elegantes columnatas de metal, sus caladas paredes y sus tejados superpuestos, de donde penden helechos y enredaderas.

Debía ser muy conveniente tomar té aquí—siendo *Hijo del ciclo y emperador de los diez mil reinos*—en compañía de una docena de muchachas lindas, muy compuestas y arreboladas, con voluminosos tocados, sujetos con grandes alfileres; de esas mujeres empaquetadas, en trajes de colores vivos, con anchas caderas y abultados vientres, con piés muy pequeños y rivalizando entre sí sobre cuál conseguirá los favores del señor y dueño.

Este, es decir, el *Hijo del Cielo*, el todo poderoso é invisible, encenagado en su lujo de heliogábalo, fumaba ópio y pensaba en algun precepto prudente, pero tonto, al fin y al cabo, del inmortal *Koung-foutzé*; ó bien cedía á la influencia de aquella turba femenina, que era suya, y se prestaba sin vacilar á satisfacer sus más secretos deseos.

Aquellas mujercitas, de aspecto sencillo, que tenían vientres abultados, anchas caderas y piés pequeños, le parecían Venus, y sonreía beatíficamente, pensando en las voluptuosidades de la próxima noche.

Y qué bello era el espectáculo que se ofrecía ante sus ojillos entornados y llorosos, medio cerrados y medio muertos por el exceso del ópio y de los placeres.....

En primer término, bosques sombríos que se

dominaban por completo. Sus grandes masas verdes, en las que se destacan las cabezas de los pinos y los cedros, se extienden hasta perderse de vista, y por doquiera, en todas las cavidades, bajo tejidos ó redes de ramas brillan lagunillas de hielo.

Mas allá todo se hunde, se desvanece en vapores que dan idea de las profundidades insondables. En lontananza se ven como jirones de algodón en rama, cosas suspendidas sin peso, sin líneas y sin formas. Y encima de las nieblas que se extienden sobre los lugares bajos se elevan majestuosamente, como si estuvieran sentadas sobre ellas, las montañas cortadas, hendidas, en facetas múltiples de la entrada de la Mogolia, coronadas de nieves brillantes bajo el sol del Mediodía.

Con los ojos del emperador voluptuoso y embriagado de ópio, es como era necesario contemplar tales paisajes, mi querido Loti. Y con polvo de oro de diversos matices, como se debían pintar sobre espejos de laca.

Nuestros groseros paisajistas que emplean los colores de la naturaleza, con los que hacen pegotes sobre telas vulgares, no sabrán nunca reproducir lo que han visto allí mis ojos á través de los calados de aquellas paredes de bronce.

Queriendo copiar la realidad exactamente, no

consiguen sino producir imperfecciones que engañan la mirada.

Solo una representación rudimentaria, vaga, sin color, arrojada extrañamente y sin perspectiva por la fantasía de una imaginación china, puede despertar en el espíritu el sentimiento de un sitio semejante.

—*¡Manducamus!*—exclama el *príncipe varón* con su vocecilla gangosa.

—¡A la mesa, hijo mio!—dice el padre Samolto.

Y henos aquí sentados sobre las pieles de los animales, dispuestas en rueda y cargadas de vajilla, tenedores, cuchillos y palillos chinos.

¡Qué bien ha hecho las cosas el padre ecónomo! ¡Cómo ha sobrepujado al hermano cocinero! He aquí Burdeos, verdadero Burdeos, y Moët y Chandon, traído directamente de la casa productora de la calle de Vangirard. He aquí caza fría en galantina y pasteles trufados.

—Ni tche fan che pou che? (¿Has comido arroz?, ¿sí ó nó?) dicen en China para preguntarle á uno si ha almorzado.

Los abates Yang, Ou y Chou comen su gluten, ó más bien lo devoran, llevándolo en montón hasta

sus labios y haciéndolo entrar hasta el fondo de la boca con ayuda de los palillos. Con el Burdeos circula el vinillo de Pekin, rosado y dulzón, como la mejilla de una muchacha tártara, pero traidor como él sólo. Y los buenos padres beben de todo cándidamente, sin desconfiar, y haciendo imprudentes mescolanzas.....

Loti.—Tenga usted cuidado, Plumkett, de no emborracharse también.

Si usted se pusiera enfermo, ¡qué complicación! Sería necesario llamar al cirujano de Pekin, que transformaría el cuerpo de usted en un acerico, y después le administraría una de esas pociones extravagantes en que entran ingredientes rarísimos, tales como *dos pollas blancas, que no hayan puesto toda la vida, machacadas vivas en un mortero, con los picos, las patas y las plumas, en un día dichoso y en el momento en que el planeta pase sobre la constelación.*

Plumkett.—Una embriaguez ligera y dulce, mi querido Loti.—Creía ser emperador de China: en torno mío, el rebaño femenino danzaba con sus piecillos menudos, cantando un coro inespresable.

Allá abajo, las montañas de la Mogolia también dando vueltas, á un compás de tan-tan, entre los pálidos vapores de invierno. Tenía perdida la noción de las distancias: veía unos dragones amari-

llos, sentados sobre las cimas más lejanas, alargando hasta el kiosko sus patas múltiples, y sentía golpear sus garras sobre el bronce con un ruido de granizo.

Aquellos dragones estaban sometidos á mí: yo sonreía al verlos deformarse y agrandar, enlazando sus cuerpos escamosos.

Aquellas mujercitas tártaras eran lindas, y con mejillas blancas y rosadas: danzaban muellemente con actitudes automáticas de muñecas, y tenían algo de aspecto de visiones; pero sus ojos negros, inclinados hacia las sienes, encerraban promesas de voluptuosidades sobrenaturales y aún desconocidas.....

Bruscamente se desvaneció todo aquello con mi quimera de imperio. Una ráfaga de viento del Norte pasó sobre mí, haciéndome el efecto de una helada; las montañas de la Mogolia entraron en reposo, allá á lo lejos, bajo las blancas nieblas; busqué en redor mío el rebaño femenino, y no encontré más ¡ay! que los buenos padres.....

¡Y en qué estado, Dios mío!

El *Príncipe varón*, con la mirada encendida y la fisonomía congestionada, mascullaba pesadamente

la danza ritual, llamada *Puerta de las nubes* ó *Paso del fenix gozoso*.

El abate Chou cantaba siguiendo el compás con los brazos, y levantando los puños cerrados y los dedos pulgares en el aire, el *Moh-li-Poua* ó la *Flor de jazmín*, una canción popular de China.

El padre Samolto, el padre Mouchette y el abate Ou sostenían una viva discusión teológica.

Padre Samolto: «Señor Mouchette, le repito á usted que estas son las propias palabras de Orígenes: *Sanctus spiritus eam impregnavit per aurem.....*»

Después enumeraban las torturas probables de las almas en el purgatorio, y Samolto, con la exaltación propia de su imaginación italiana, confundía aquello con los círculos del Dante....:

Padre Yang—interrumpiendo: — «¿Has comido arroz?, ¿sí ó nó?», con un tono de loro, como el que se emplearía en Francia para decir: «¿Has almorzado Jacquot?»

Padre Ou. } hablando á la vez en chino. { *Lao-tzé*
Padre Chou. } { El agua
 } en el Tao no habla de Purgatorio ni de Infierno.
 } es húmeda y baja: su gusto es salino. El fuego

Nos enseña que el hombre tiene dos naturalezas: el quema y sube: su gusto es amargo. La made- principio material que recibe por transmisión y ra se dobla y se retuerce, pero su gusto es ácido: del contiene el principio igneo, el principio luminoso mismo modo, una actitud grave y digna produce de la inteligencia, de la cual es el vehiculo y respeto, un lenguaje elevado y sincero produce la la ayuda. Nosotros vivimos, dudando muchas co- estimación, una mirada clara y distinta produce la sas, lo mismo referentes al Infierno que á lo de- ciencia, y un oído atento produce la habilidad. La más. Pero es facil resolver los casos dudosos por lluvia es la señal de una buena conducta, y la tem- la formación y la disipación del vapor, por el peratura es la señal de un buen gobierno; el calor color de la concha de la tortuga quemada, y por el marca la prudencia consumada del soberano y el pronóstico de la inmutabilidad. frío su equitativa justicia. El viento perpetuo anun- cia la perfección.

.....
 Algunos instantes después reinaba de nuevo el silencio en el kiosko de bronce.

Ayudado por el *Má-fou*, cubrí cuidadosamente de abrigos y de pieles á los padres que se habían dormido.....

¡Dormid, buenos padres! Un día llegará en que todo sea bueno, y en que ya nada os despertará, ni la danza del Fenix místico, ni la llamada de los tan-tanes celestes de Buda, ni el sonido de la última trompeta, ni la voz moribunda del Cristo.....

Y usted, amigo Loti, sacuda su sueño, porque mi historia está terminada.....

Loti.—¡Ah! Pues ha acabado en punta su monstruo chino, mi pobre Plumkett. ¡Y de qué mal gusto es eso de los padres que se emborrachan! Me figuro que los folletines de la librería anticlerical, que se venden á cinco céntimos, deben estar calcados sobre este modelo.....

—Querido amigo mío, me han contado que, siendo yo niño, había pronunciado en un momento de melancolía esta frase de amargo desencanto: «¡Todos los días levantarse; acostarse todos los días, y todos los días comer la sopa, que no está buena!.....»

(Entonces, Plumkett, no me gustaba la sopa, á pesar de que me aseguraban que era excelente.)

Si no me hubieran referido esto personas dignas de fé, me hubiera costado trabajo creer que tan pron-

to pudiera encontrar la última palabra de la vida.

Más tarde he conocido días sin sopa, y días en que no he tenido el trabajo de levantarme, por no haberme acostado la víspera.

Pero—aparte el amor—quizá no he encontrado nada mejor que este fastidio entrevisto desde los primeros días de mi llegada al mundo.

—A pesar de las prótestas de usted, ya ve usted que vuelvo siempre á mis recuerdos infantiles, y es que quisiera presentar mis flores amarillas un poco menos ajadas que las de usted (por miedo de que nuestro ramillete llegue á parecer un viejo herbáreo); y por esto me veo obligado á remontarme bastante lejos, si he de encontrar alguna cosa fresca en mi vida.

Plumkett, yo he sido educado en mi primera infancia como una florecilla rara, de cálida estufa. Si en lo sucesivo he tornado á buscar estas frescuras, ha sido en contra de todas las previsiones y de todas las probabilidades.

Hoy, todavía encuentro con gran facilidad los modos de sér, las apariencias, las entonaciones y hasta las impresiones del niño dulce que he sido en otro tiempo; y mezclo aquello, con mis sentimientos de calavera, de estenuado, de egoísta y de salvaje. Soy un compuesto. Quizá por esta razón habré sido